

Adiós a un año

¡Adios, 1956! Las esperanzas que tu entrada, ya lejana, nos trajo, como el humo de un cigarro, como el leve vapor que exhalan las florecillas en un amanecer de mayo, se esfumaron. Fueron perfume de un instante. En cambio, las inquietudes surgidas en tí aún se debaten y pugnan por subsistir, como espíritus demoníacos, para agriar las nuevas esperanzas que nacen, endeble y ateridas por el frío invernal, en la alborada de 1.957.

¡Adios, 1956! No queremos cantar, con el poeta,

«...que cualquier tiempo pasado fué mejor...»,

queremos, o más bien, deseamos que el nuevo año recoja la experiencia en tí vivida para superar los errores cometidos y escoger el camino más derecho. Tú fuiste, al final, pródigo en sucesos desdichados: el cañón volvió a sonar y la sangre tiñó otra vez el suelo nevado de esta desgraciada Europa. De la justicia, en todos lugares llamada y en todos escarnecida, nuevamente se hizo pantomima, farsa y venta, como si fuera muñeca de trapo u objeto de mercader. No, no queremos que el que entra sea peor que tú, ni siquiera igual. Es preciso hacer examen de nuestros actos, para desterrar en el futuro aquellos que puedan ser causa del mal ajeno. Tenemos necesidad de vivir colectivamente y para ello es preciso romper el espejo que reproduce en todo lugar y en todo momento única y exclusivamente nuestra imagen: el egoísmo. Hemos de pensar que o nuestro alrededor viven, sienten y sueñan como nosotros otros seres que ostentan idénticos derechos a los nuestros y no solo obligaciones; hemos de medi-

tar bien que todo hecho inspirado en el personal interés es muchas veces actos de agresión hacia otros y que éstos, cegados o la bárbara ley del Talión, pueden exigirnos ojo por ojo y diente por diente, ocasionando un verdadero suicidio.

Cuando estos días nos ofrecen el más hermoso y más grande ejemplo de amor al hombre, la llegada de [Dios con vestidura] humana, para más tarde sacrificarse, con los brazos en cruz, como dejándonos más expedita la llegada a su corazón, ¿vamos nosotros a no intentar, siquiera, abrir un poco los nuestros hasta ahora enlazados apretadamente sobre nuestro pecho, defendiendo estúpidamente nuestros «yo», las más de las veces representado solamente por un más o menos artístico pedazo de cuero encerrando unas monedas...?

¡Adios, 1956! Tu marcha nos hace renacer, con la insistencia que al naufrago se le aparece, cada mañana, la visión de tierra fértil, la esperanza de un mundo mejor. Que tu ida, al dejarnos el legado de la experiencia vivida en tí, nos sirva para vadear la turbulencia que agita a nuestro cansado mundo y procurar que, sobre todo, la justicia y la paz inspiren todas nuestras acciones. Y que ahora, este deseo, no sea humo de cigarro, esfumado apenas nacido.

MICHEL.

Lucena 1 de enero de 1957